

El confinamiento de Unamuno

Algunos documentos más

La marcha al destierro

Esta tarde, nevada la ciudad, blanca y pura como la vida excelsa del maestro insigne, salió de Salamanca el deportado. El maestro, alta la frente, entero, inalterable, con paso firme, ha entrado en el andén de la estación seguido de tres de sus hijos. La multitud apiñada, descubierta, solemne, ha prorrumpido en un viva entusiasta, que el eco repetía sonoro y definitivo, al mismo tiempo que el maestro se descubría y estallaba la más grande ovación—una ovación de veinte minutos—que hemos oído.

Apenas circuló la noticia de la marcha de don Miguel. Pero la ciudad se enteró, y hasta el momento de arrancar el tren, no cesó de afluir gente a dar al hombre insigne el cordial adiós de despedida. Treinta y tres años de vida en Salamanca, de una vida civil y ejemplar, pasada bajo este sol que dora las piedras de la Escuela gloriosa, en la que el maestro, día por día, sin faltar ni uno solo a su deber, ha desgarrado sus lecciones en la cátedra severa y de traza conventual... Ayer mismo, antes de partir para su destierro, el maestro dió la lección a sus discípulos, y, al terminar, les dijo: «Para el día próximo, la lección siguiente».

Los alumnos, emocionados, vieron cómo el maestro, ejemplo de fortaleza, se sobreponía al dolor de todos y cómo serena y tranquilamente decía unas palabras de despedida y les recomendaba el sagrado cultivo de la inteligencia... Invadieron su clase otros escolares y los catedráticos. Y el profesor salió de la Escuela, fué a su casa, tomó un cabás y marchó al tren...

Llegó don Miguel de Unamuno al andén de la estación. La muchedumbre desfiló ante él. Pero era imposible que todos pudieran estrechar su mano. Y entonces, una voz se oyó: «¡Descubrirse todos! ¡Un momento de silencio!» Y a los pocos segundos la multitud rompió en aplausos y en vítores... ¡Oh, las caras de los catedráticos, de los obreros, de los estudiantes, de los vecinos tranquilos de la ciudad! Por muchas de ellas corrían lágrimas de emoción. Un fogonero, tiznado, con su traje azul, pleno de emoción y de amor al maestro, vino de su máquina; abrazó a don Miguel y lloró. El fogonero, hombre formidable, corpulento, con rizados de plata que le caían sobre la frente, se alejó con los puños en alto, gritando: «¡Viva el hombre honrado!»

Luego fué un catedrático quien besó a don Miguel; después un estudiante, luego un muchacho y más tarde sus hijos, que tenían, como don Miguel, más entereza que todos los que allí estábamos.

Habló el maestro desde la ventanilla del coche, sin el más leve balbuceo, firme, sugestionador, bello, valiente... «A ver si vuelvo pronto trayendo, no mi libertad, que esa nada importa, sino la de vosotros...» El momento fué de una emoción indescriptible. Ya no gritaba la gente: rugía; rugía el pecho de todos, y se rompían las manos en fuerza de aplaudir. «¡Viva la Salamanca de Unamuno!»—gritó una voz, que fué replicada por otra:—«¡Viva la España del maestro...» Y así hasta que el tren, perezoso y doliente, chirriante y cansino, comenzó a alejarse... En el espacio se agitaban los sombreros, las gorras, las blusas obreras, el pañuelo de cabeza de una mujer del pueblo. Don Miguel nos decía ¡adiós! con las manos... El tren se perdió, sobre la manta de nieve, por entre los altozanos de la Armiña...

Con don Miguel iba el cerebro y el corazón de Salamanca.

JOSÉ SÁNCHEZ GÓMEZ

Salamanca, 21-II-1924.

(España Nueva, Madrid).

El decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata, doctor Alfredo L. Palacios, ha recibido las siguientes notas de los profesores de las Universidades de Salamanca y Granada:

«27—2—1924

Sr. D. Alfredo L. Palacios

Buenos Aires

Distinguido señor nuestro: Como compañeros y amigos de D. Miguel de Unamuno, y como españoles que no nos podemos solidarizar con los tristes derrotados que sigue en la actualidad la gobernación de nuestro país, en manos de los más incapaces y corrompidos, sentimos la necesidad de felicitarle a usted muy vivamente y hacerle presente nuestro profundo agradecimiento por su ardorosa campaña de adhesión a aquel maestro ilustre que representa lo mejor y más noble de nuestro pueblo.

En esta hora sombría de persecuciones dictatoriales en que, dentro de la patria, se ahogan brutalmente todas las voces de protesta y rebeldía y se reprime como un delito cuanto signifique solidaridad con nuestro egregio

compañero sojuzgado e infamado, tenemos que confiar en que los intelectuales del mundo entero, y sobre todo los de las naciones españolas de América, hagan oír su grito clamoroso de condenación a través de estas tinieblas de plomo que entierran al maestro.

La causa es universal: es la causa de la libertad, del espíritu y del Derecho.

A las nobles juventudes americanas y a sus dignos maestros, a los que nos ligan tantos lazos de gratitud y fraternidad, un saludo cordial y respetuoso, y para usted, ilustre compañero, nuestra estimación más profunda.

W. ROCOS

ENRIQUE RODRÍGUEZ MATA

A. FRÍAS.

Honorable Sr. Dr. L. Palacios, Decano de la Facultad de Derecho en la Universidad de Buenos Aires.

Ilustre colega: He leído con emoción vivísima la noble protesta formulada por usted contra el acto safo y arbitrario de este desventurado Jefe de Gobierno que nuestra amada España padece. Veo, como esa su protesta ha nacido al calor de la emoción humana de que se alimenta la disciplina que profesamos. Sí, ilustre colega, los Derechos de la inteligencia al igual de los demás estatutos jurídicos de las minorías, hallan su eficacia máxima en la solidaridad intelectual de los hombres que ponen su desvelo, en hacer de la defensa de la personalidad el común divisor de sus idearios.

Los términos de su protesta coinciden con los someramente indicados por mí en la conferencia telegráfica que remití al Jefe del Gobierno al tener noticia del atentado contra el Ateneo y contra el admirado Don Miguel. Esa conferencia, que a título de curiosidad se la incluyo, ha determinado mi procesamiento; esto no me conturba porque hay una tradición gloriosa en mi familia: fué lo que aconteció a mi inolvidable tío y maestro D. Francisco Giner de los Ríos.

Me permito enviarle en paquete certificado algunos de mis trabajos; acéptelos Sr. Decano como testimonio de mi homenaje cordial.

Tendrá un honor en cultivar su relación personal su S. S.

FERNANDO DE LOS RÍOS

Granada, 24 de marzo de 1924

La conferencia telegráfica a que se refiere Fernando de los Ríos en su carta transcrita, fué la siguiente:

Granada, 21, febrero

Presidente Directorio Militar, Gral. Primo de Rivera.

Sin extrañeza, pero con amargura, leo la resolución del Directorio contra